

los roedores. Cadáveres de animales y ciudades serán cubiertos por el mar de pelo de las ratas,

Y a distancia, la Tierra será un blanco, bello ovoide, una madeja de huesos, como ciertas rosas o esferas de marfil talladas finamente por los chinos.

Para el poeta, la muerte se presta menos para el homenaje póstumo que para la ironía presente. Sabines, también tigre, interviene:

Jaime, poeta, le decimos, oye, no dejaremos que nos hagan parque, como a Rosario tu paisana, sino cantina, piquera o bar, si quieren.

Si la muerte es ciertamente el destino del tigre, la rebelión ante ella debe ser la lucha. El tigre y el niño, gobernador y pensador del Universo, son baluartes para oponerse a la "muerte cuervo", que no deja de recordar a Poe cuando a ella se enfrenta la consigna: "Nunca a una muerte".

El tigre se defiende bien todavía. Por más que se diga viejo, en esa afirmación hay argucias de zorra y empecinamiento de poeta.

JUEGOS DE SALÓN LA NUEVA MORAL Y EL MUNDO SIN VALORES

Raúl Casamadrid, *Juegos de salón*. Premiá Editores, Colección "Los brazos de Lucas", 89 pp. México, 1979.

POR AGUSTÍN DE ITURBIDE

NOTA: estoy secuestrado por treintatré cristeros que me obligan a escribir estas líneas porque, aunque con dudosa calidad,¹ resulta imposible no celebrar la aparición de un nuevo libro en los mercados culturales del país. El lector ha adivinado (¿o todavía no?) que, por supuesto, nos referimos a *Juegos de salón* del todavía no célebre Raúl Casamadrid, apodado así por su notable aptitud para los trabalenguas.

LIBROS



Raúl, de escasos 21 años, ha pergeñado este libro, fruto del más sano esparcimiento —y del aprendizaje somero y lúcido de los cánones literarios—, que ahora llega a nuestras manos —indirectamente, como queda asentado líneas arriba— y en días pasados tuvimos oportunidad de hojear. Alguien ha dicho: "Cuando la escritura agota los temas de la realidad, comienza la fantasía." Y aunque tal aseveración sea muy discutible, nada podría servirnos tanto para ubicar al libro en cuestión porque, precisamente, tratamos de interrogarnos, no sólo sobre lo que parece decirnos, sino sobre lo que en el fondo nos dice, que no es poco —aunque sí un poco exagerado (tampoco queremos que el lector se imagine que se trata de un libro de fantasías, no). Pero decíamos, he aquí, por fin, un libro que vale la pena leer.

Emparentado con Lautréamont, Bataille y Diego Rivera —porque se trata de un mural de experiencias— este libro describe los hábitos y las costumbres de una sociedad a punto de extinguirse (no por decadente, sino por falta de fondos) en la que cotidianamente se mueve una serie de personajes tan cercanos a nosotros que bien podríamos ser nosotros mismos —tú, yo, aquél, vayan ustedes a saber. Burla satírica e imprescindible contribución a los espacios morales de nuestro tiempo, *Juegos de salón* es un plato fuerte con el que muchos

podrían infectarse la lengua —si no por voluntad, sí por el contagio mismo contenido en el estilo del autor. "Sólo ruinas —parece decirnos el libro— quedan de los días de ayer." Hoy los padres traicionan a sus hijas, y las hijas corren, despechadas, a refugiarse a los brazos del primer mozaibete que encuentran a la salida del cine. Pero no nos desviemos del tema.

Tratándose de un autor joven, conviene referirnos, sobre todo, a sus intrínsecas virtudes. Para no abundar en inaccesibles y desgastadas fórmulas críticas, dejemos que el lector lleve a cabo su propio desglosamiento: "Ahora voy a matar a mi mami con este filoso puñal. Digo ahora, porque hace diez minutos maté a mi agüelita. Ya está. Ahora voy a dormir." (pág. 87.) En estas líneas podemos encontrar algunos de los rasgos esenciales que distinguirían, entre otros, la diferencia que existe entre la generación inmediatamente anterior a la de Casamadrid, y la de Casamadrid mismo, quién sabe si él esté de acuerdo (para el caso bastaría echar un telefonazo). A la misma distancia de José Agustín y de Agustín Lazo, Casamadrid instaure una nueva brecha para contar el transcurrir del mundo. "Lo peligroso es la realidad." De manera espontánea, sin aviso, pero alevosamente premeditada, la realidad se deja atrapar en estos textos, y nos muestra nuestra moral y las caries que la corroen. No es este, sin embargo, su único mérito. Algún escritor clásico ha dicho —no sin regocijo— que los escritores jóvenes no saben lo que quieren y que, generalmente, carecen de oficio. No es este el caso del autor que nos ocupa, y la excepción nuevamente vuelve a confirmar la regla. Disciplina, voluntad, experiencia, trabajo y una interpretación no por delirante menos certera (de los hechos), se exponen abiertamente detrás de cada línea que Casamadrid nos ofrece. Gusto por el lenguaje, juegos de palabras, filología, en fin, una *summa* que en Casamadrid se convierte en algo más, un elemento fundamental y necesario en estos días de reinante improvisación: la chacota. Y es que el uso mesurado y deliberadamente irresponsable de las palabras, conduce a nuestro autor a entregarnos pistas insospechadas que se desprenden del discurso mismo de la narración.

Pero hablemos ahora de las fallas, me-



nores en comparación con los aciertos, que también caracterizan al libro ya que se encuentran a pasto. La principal de ellas, es el nombre de los personajes (¿por qué esos nombres?). Desdeñando una amplia tradición nacionalista, Casamadrid ha preferido bautizarlos con nombres tan irreales y pretensiosos como "las hermanitas Crimson"—es obvia la influencia colonialista del rock, y por ello mejor no abundemos en el tema. Otra: algunos de los diálogos son inverosímiles (pág. 37) y no acaban de convencernos, aunque se les logra apoyar con el atinado tratamiento de las situaciones (sin embargo es necesario añadir que a veces las situaciones mismas no acaban de lograrse).

Es necesario que los jóvenes escritores se desprendan de esa serie de vicios que la narrativa hispánica arrastra desde sus orígenes (por ejemplo, el uso inmoderado de las voces pasiva y transitiva) pero, con todo, el libro de Raúl Casamadrid es realmente elogiado por sus facultades y su desbordante talento. Sobre todo cuando lee en voz alta. Esperemos.²

Notas

1. El redactor se refiere a su reseña.
2. "que estos malditos cristeros me suelten pronto", dice el resto de la frase, ilegible por una mancha de chocolate. (la R.)

LA REALIDAD EN EL DELIRIO

El movimiento surrealista, de Adriana Yáñez, Editorial Joaquín Mortiz, serie del volador, 1979, 95 pp.

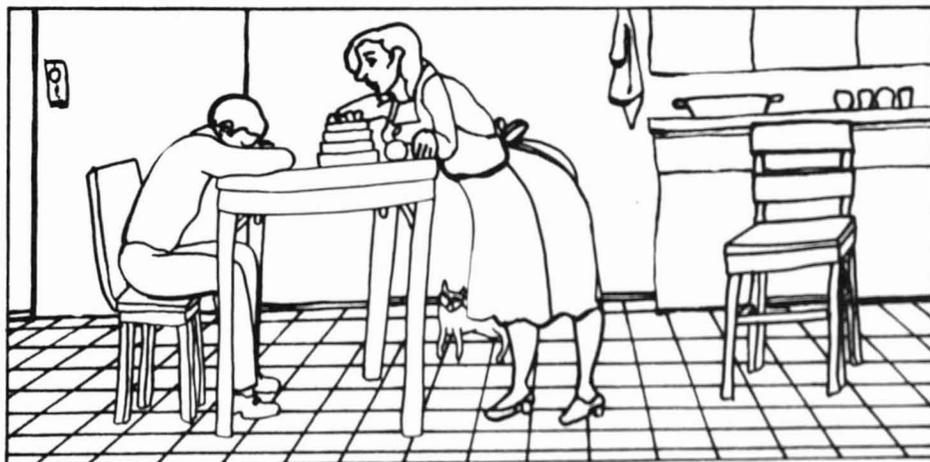
POR MANUEL CAPETILLO

En general, criticar es prejuizar, tomar el punto de vista de eso que se critica, para reconstruirlo o para desarmarlo apasionadamente, a fin de formar parte de ese objeto del que nuestra atención se ocupa. Al leer los escritos de Adriana Yáñez reunidos bajo el título de *El movimiento surrealista*, me queda la impresión de que esa ha sido la actitud de la escritora: mirar desde fuera el motivo de su observación —fríamente, incluso quizás con un tono y un orden relativamente escolares—, pero después de todo comprometiéndose con el Movimiento, a través de la distancia de esa observación metódica propia de quien algo estudia, hasta empaparse un poco en el pequeño mar de la admiración, no ya respecto al surrealismo, sino siendo surrealistas la misma admiración y la propia admiradora, en la medida en que la tercera parte del libro busca precipitarse rumbo a la experiencia del delirio, aquella en la que la realidad es cierta porque es libre.

En esta tercera parte, titulada "Eros y poesía", en la que Adriana Yáñez se entretiene especialmente en el tema del deseo,

bajo su condición eficaz que todo lo atrapa en el límite de lo vivido, el libro substituye el procedimiento que supongo analítico histórico de los Antecedentes (I) y de la Concepción de hombre y del mundo (II) propuesta por el terror de los románticos "autores del mal" y por su consecuencia inmediata: ese grupo de hombres entregados al escándalo, a la revolución humana, a soñarse a sí mismos y a la locura, punto no de fuga sino de encuentro de la libertad predicada y practicada por quienes integraron el movimiento surrealista.

El libro substituye su método de análisis, porque Eros y poesía (III) es medio del que la autora se vale para paticipar más directamente en lo que dice, atrapada por el



sueño y por la noche y por el amor deseado, y se diría que esto sucede, además, gracias a las contradicciones de esa suerte de escritura automática a la que Adriana Yáñez termina por entregarse, así como a un olvido sustancial en que las últimas páginas, al contrario de lo que ocurre con el recuerdo insistente en las primeras partes: frente a la conclusión —"La imaginación enferma cantó dolores de inconciencia a alguna divinidad oscura..."—, resalta la esperanza humana, la luz, la unidad, la libertad, "las condiciones necesarias que hagan posible la vivencia del instante privilegiado", como la propia Adriana Yáñez lo indica.

Se trata del instante en que las puertas de ese estado de vigilia que es el sueño se abran a fin de que conozcamos la realidad "otra", lo cotidiano experimentado en su dimensión absoluta. Atrás del horror, del insulto, del espectáculo surrealista, que atenta contra lo que el hombre cree ser, está el hombre verdaderamente libre: el suicidio, el asesinato, las manifestaciones repugnantes creadas a manera de obra revolucionaria y vividas por los surrealistas y sus predecesores aparecen en este libro como la denuncia que busca la transformación del mundo: la transformación social mediante el encuentro que los individuos tengan con la libertad, con lo deseado.

Tal vez haya una especie de omisión al subrayarse sobre todo la obra literaria de determinados surrealistas, mencionando-

se sólo como de paso a los autores pictóricos del Movimiento. Sin embargo esto es de importancia menor, dado que la pretensión principal del libro consiste en establecer la estrecha relación entre la búsqueda y la práctica, entre las ideas y las acciones: los integrantes del surrealismo fueron en su momento, porque entonces el surrealismo para ellos fue toda su existencia: la persecución y el ejercicio de la libertad hasta el límite de la razón, hasta el límite de la existencia.

Magia, misterio, sueño, deseo, visión de la realidad "desde la otra orilla", según informa Adriana Yáñez en la forma detalladamente subjetiva y sin novedades de su libro, hacen de la voluntad surrealista un movimiento intransigente que se opone a toda imposición. Por eso tuvieron lugar las simpatías y las rupturas, la ineficacia ante un mundo dominante considerado por sí mismo como estructura acabada y

perfecta, conocido, y enemigo de abrir las posibilidades de la vida: "Y empezaron los críticos a teorizar (al margen de Marx) estableciendo diferencias entre arte puro y arte comprometido... La función militante no puede ejercerse a costa de la función crítica... los surrealistas no supieron o no quisieron someterse a la disciplina del Partido..."

"Sólo ahondando en la propia existencia se puede llegar a lo Uno universal... (los surrealistas) abrieron las puertas de la esencia de la poesía, la misma que encontramos en los grandes mitos, la que cantan los grandes poetas", dice Adriana Yáñez, porque si bien el movimiento surrealista se dio en un período de este siglo, lo maravilloso, el sueño y el deseo han existido y existirán siempre, mientras seres humanos vivan en la tierra de nuestra realidad.

ARCADIA TODAS LAS NOCHES

Guillermo Cabrera Infante. *Arcadia todas las noches*. Seix Barral (Biblioteca Breve, 438), Barcelona, 1978.

POR ALBERTO PAREDES

Guillermo Cabrera Infante a los 29 días de edad "va al cine por primera vez con su madre, a ver *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* ('reprise')." ¹ A lo que pudo ser fruto del azar y olvidarse aun como anécdota biográfica, se le concedió la categoría de